

**John Beverley, *Latinamericanism after 9/11*
Durham, Duke University Press, 2011, 166 páginas.**

Este libro, como tantos otros, puede leerse o bien poniendo sus afirmaciones bajo el microscopio, o bien extendiendo sobre el territorio el mapa que traza para situarlas. La dependencia evidente entre ambas cosas no impide sin embargo su relativa disociación. Incliniéndose por lo primero, ya otros escribieron que John Beverley, viejo lobo de Marx y miembro del grupo ya extinto de Latin American Subaltern Studies, llamaba a expiar el milenarismo deconstructivo y post-estatalista, darse un baño de realidad y emerger alineado con los gobiernos de centroizquierda que él insiste en llamar de “marea rosada”: Evo, Chávez, Cristina, Correa, etcétera.

Pero si *Latinamericanism after 9/11* es un manual de “realpolitik”, lo es menos por este llamado a abrazar estratégicamente “la izquierda realmente existente” —que puede encantarnos o dejarnos fríos, pero difícilmente nos hará pensar más o mejor—, que por la preocupación más ambiciosa que lo recorre: descubrir la articulación, a menudo opaca, entre las corrientes y conceptos que se disputan el espacio académico y la arena política *tout court*. A ese fin, Beverley no escatima nombres pero tampoco citas; y si su libro vale más allá de sus preferencias, es porque su autor persigue siempre los términos más conflictivos de cada debate.

Porque *Latinamericanism after 9/11* es también un libro generacional, un libro sobre la vejez intelectual; y en tanto tal, sobre la vejez de los jóvenes “por excelencia” (como suele decir Elsa Drucaroff): los de los años 60. Es además, aunque muy en sordina, una batalla aislada entre los géneros del *paper* y del ensayo, entre ciencia y experiencia, entre las utopías y las taras de la tradición intelectual latinoamericana (quizás objeto de una cohesión algo mística en manos de Beverley) y el dinamismo de la academia norteamericana, siempre sospechosa de complicidad. Y es también un nuevo episodio de la batalla interminable que reúne regularmente a la diáspora del subalternismo latinoamericanista (Beverley, Alberto Moreiras, José Rabasa, Jon Beasley-Murray, etc.), donde cada vez se nos informa que allí está en juego *todo*. Es, por último, en buena medida y declaradamente, una impugnación del giro “neo-conservador” de Beatriz Sarlo y otros ex compañeros de ruta de la revolución.

Empecemos por esto último, a modo de indulgencia con el lector argentino; igualmente arrastrará todo lo otro.

La figura de Sarlo le sirve a Beverley para escenificar una cierta cantidad de tensiones, algunas de las cuales, aunque pueden advertirse independientemente en el discurso universitario de las dos Américas, fulguran con un brillo especial durante el roce entre ambas. Ante todo: el lugar social de la literatura, problema que es antes bien —siempre— el de la función de la cultura letrada en sociedades estratificadas simbólicamente. Beverley menciona el libro clásico de Ángel Rama, pero es indudable que ni en alcance ni en consecuencias *La ciudad letrada* ha producido algo remotamente comparable al impacto de los estudios postcoloniales y de subalternidad en Estados Unidos, jalonados ante todo por su rama sudasiática (Ranjit Guha, Gayatri Spivak, etc.).

Así, al unísono con la marginación teórica del Estado-nación, y en tándem con una concepción de la lengua y de su enseñanza cada vez más desligada de los monumentos literarios, los departamentos de español han tendido a descentrar la literatura, sin más daño colateral que la tristeza ya final de los viejos hispanistas y la oposición de algún que otro cubano (de Miami) particularmente recalcitrante. La figura de Sarlo simboliza así, tanto en el frente político como cultural, una “vejez” típicamente latinoamericana: por un lado, en el capítulo 6, Beverley le adjudica hacer el balance de la lucha armada —con la que ambos supieron simpatizar— según el “paradigma de la desilusión”, que la percibe retrospectivamente como un error, una irresponsabilidad juvenil, etc.; en otro lado, en el capítulo 5, desde la perspectiva todavía subalternista de Beverley, su defensa de la centralidad de la literatura y del rol esclarecedor del intelectual, tal como se lee en *Tiempo pasado* (2005), equivale a la posición reaccionaria por antonomasia.

Pero Beverley advierte que esta “reacción” no es extemporánea. La circulación de las ideas, observa, sean de “izquierda” o de “derecha”, no es ajena a las desigualdades que rigen el comercio de todo lo otro. El multiculturalismo, el subalternismo y en general el interés de la academia norteamericana por las formas culturales no-“letradas” de América Latina (cuya forma más literaria sería el *testimonio*), fueron a menudo recibidos por los académicos locales (aún por los ya relocalizados) como parte del combo de imposiciones derivadas de la globalización neoliberal, que intentaban desplazar *también de este modo* la incidencia social del pensamiento crítico. La defensa de la literatura (suerte de revival del viejo género de la “defensa de la poesía”) constituye para Beverley, en Sarlo o en el chileno Grínor Rojo, una posición “neo-arielista”: como en el clásico de Rodó, también aquí nobles valores espirituales, transmitidos ante todo por la tradición literaria y que se quieren indistinguibles de una cierta identidad local (nacional o latinoamericana), se verían amenazados, de un lado, por la fuerza del mercado —que

importa una agenda global descontextualizada—, y del otro por la presencia de las masas o de los “subalternos”, representados respectivamente por la cultura masiva y por formas de asociación identitaria que eludirían articularse a través de figuras tradicionales de “intelectual”.

Debido a su “sobrestimación de la autoridad de la literatura escrita y del ensayo literario”, tanto como a su “perspectiva del canon cultural y del ‘valor’ estético esencialmente eurocéntrica” (p. 20), los neo- arielistas terminarían reproduciendo “una división perpetua entre la cultura de la intelligentsia y las élites —incluyendo a los intelectuales progresistas o de izquierda— y los sectores populares” (p. 20).

Otra variante neo-arielista que distingue Beverley es la resolución de la cuestión del subalterno como un problema ético. Lo ilustra con un análisis de Mabel Moraña del cuento breve “El etnógrafo” de Borges. Moraña admira en él lo que entiende como una especie de “preferiría no hacerlo” del saber académico (aquí etnográfico), que elige mantener intacto su objeto (aquí un grupo indígena) ante la certidumbre de que toda relación que establezca con él resultará inevitablemente en alguna forma de violencia. Dicho de otro modo: como todo saber del otro es “orientalizante” (el término de Edward Said que Beverley recupera de manera preeminente en la introducción), el abstencionismo sería la más radical política del conocimiento. Al final de este argumento, en cualquier caso, habría nuevamente una reafirmación de la literatura, que no advierte que en el movimiento hacia el subalterno —según Beverley— no hay sólo un gesto condescendiente, sino también una respuesta a la exigencia activa de representación de esos sujetos o grupos. Como contrafigura, curiosamente, el autor nos ofrece la de Álvaro García Linera, vicepresidente de Bolivia, como ejemplo de intelectual que se pone al servicio de un proyecto subalterno para “devenir Estado”.

Borges mismo, que sin duda ha demandado uno de sus esfuerzos apropiativos más notables a la crítica de izquierda de las últimas décadas, nos dice Beverley que corre el riesgo de convertirse en “la figura por antonomasia del giro neoconservador” (p. 93); algo como lo que T.S. Eliot, durante la guerra fría, nos dice, representó para la crítica sajona.

“Cierro con la pregunta sobre Borges —escribe Beverley al final de “El giro neoconservador”— porque pienso que es particularmente difícil para nosotros. Como Shakespeare o Cervantes, Borges es la literatura misma, y literatura, a fin de cuentas, es lo que hacemos, en tanto intelectuales, los que trabajamos en el campo de la crítica literaria y cultural. ¿En qué medida también nosotros, individual y colectivamente, estamos comprometidos con lo que he llamado el giro neoconservador? Esta pregunta es una variante de la que se halla en el centro de los evangelios cristianos: ¿a quién servimos? La dificultad particular del tiempo en que vivimos, y de nuestra ubicación y nuestra lealtad institucionales, reside en que es más fácil formular esta pregunta que responderla” (p. 94).

¿A quién servimos, en efecto? Esto se pregunta *Latinamericanism after 9/11* de tapa a tapa y de variadas maneras, siempre con pareja dificultad: ¿es cómplice *Imperio* de Negri & Hardt del desprestigio neoliberal del Estado? Y la tarea desjerarquizadora del deconstructivismo (en Derrida, en Paul de Man, en Alberto Moreiras), ¿no ha sido acaso realizada antes y mejor por la hegemonía creciente de la lógica mercantil en el terreno de la cultura? ¿Podrá ser que toda la literatura, en bloque, sea hoy un fenómeno conservador, como parece desprenderse de esta última cita...? ¿O será cierto en cambio que es resistente en función justamente de su lugar marginal? ¿Debemos defender “valores” (como aquí, por ejemplo, la desjerarquización cultural), sin importar nuestra ubicación respecto de las fuerzas hegemónicas, o en cambio abrazar posiciones contrahegemónicas poniendo en segundo plano nuestros valores? ¿O acaso podemos, según la coyuntura, afirmar valores absolutos o estratégicos, como sugiere a menudo Gayatri Spivak?

Para una parte importante de los intelectuales latinoamericanos, sospecha Beverley, la América Latina a defender, a la vez del neoliberalismo y del populismo, es la que se escribe en la tradición alta del modernismo, que ha tenido encarnaciones tanto de izquierda como de derecha, de acuerdo al momento pero también al país. En tanto tradición letrada, y junto con la “clase letrada” que la practica y defiende, perviviría aquí todavía una estructura colonial. Esto es en sí discutible; pero el punto ciego más sorprendente del libro es más bien otro, aunque espeja el anterior. En un tono algo esotérico, Beverley pretende varias veces asociar el futuro de las dos Américas; también sugiere, crepuscularmente, que tal vez le haya llegado la hora de renovar su “identificación” con Estados Unidos. Pero aunque la academia norteamericana y sus debates están repetidamente en primer plano a lo largo de estos ensayos, la misma “política de la ubicación” que obliga al Latinoamericanismo (antes o después del 9/11) a pronunciarse en relación a América Latina, es tal vez la que le permite rehuir una pregunta de otro modo ineludible en un libro como éste: aquella que indague la función de la corporación educativa que forma a buena parte de las élites dirigentes del mundo; y cuyo campo de influencia, de un modo u otro, va tan lejos como las estructuras del capitalismo global —y aun más allá.

Guido Herzovich